

LORENZO GARCÍA VEGA

FICCIÓN EN CAJITAS
(Antología de “narrativa”)

Selección y prólogo: Pablo de Cuba Soria



Él iba delante, mucho más adelante que yo que, por tener, debido a mi condición post-operatoria, en ese momento el pie izquierdo hinchado, estaba caminando con bastante lentitud.

Él era el teniente Rank, el *maestro cívico* (así, en cierta época, se les llamaba a los maestros del *ejército constitucional*) que, hasta hace dos años, la fecha de su muerte, estuvo caminando por este lugar donde, con mi pie hinchado, lo veo avanzar con paso rápido y, por tanto, llevándome una gran ventaja.

Pero yo, ahora, además de caminar, estaba atravesando por un *day dream* bastante complicado. Era un *day dream* donde había un dragón. Un dragón que, mojado por el agua de una manguera que no estaba en el sueño precisamente, sino en el patio de una casa destartalada al lado de cuya cerca yo iba caminando, se sintió tan molesto y furioso (me estoy refiriendo, por supuesto, al dragón onírico) que, sin ninguna razón, empezó a llamar: “¡Margarita, Margarita!”

Margarita, que yo supiera, no tenía nada que ver con nadie que yo conociera con ese nombre.

Entonces el dragón (y aquí fue cuando, dentro del *day dream*, yo empecé a temer que mi pie izquierdo fuera a seguir hinchándose), increíblemente, no sólo dejó de gritar, sino que, a la vista del difunto *maestro cívico* (quien aunque

ya más lejos y como cruzando la calle, se incorporó al *day dream* hasta el grado de retroceder de donde estaba, para así entrar en ese paisaje onírico donde estaba el patio con manguera), empezó a disolverse en como gotas viscosas y, lo que fue más increíble, empezó a disolverse bajo el recuerdo de un danzón, del tiempo de la nana, cuyo título era “El cadete constitucional”.

Todo esto, todo, sucedió en menos de lo que canta un gallo, pero a mí, aunque esto parezca absurdo, me impresionó de tal manera que, a pesar de tener mi pie izquierdo hinchado, me puse a caminar con la mayor rapidez que pude hasta que, como un tiro, pude entrar en mi casa y, ya casi, casi bajo el terror, llegué a oír cuando, en un momento determinado de ese “El cadete constitucional”, alguien detenía la música (y esto, efectivamente, así sucedía antes, dentro del danzón), daba tres pitazos, y entonces, después de eso, lograba que, con más fuerza que nunca, se reanudara aquello, bailado en los años de mi infancia, por parejas que, por cierto, ya hace muchos años que se han muerto.

[Inédito]

EL ACORDEÓN

En el Hospital, en el salón de terapia, ejecutando uno de los ejercicios que consiste en mover mis brazos extendidos, mientras mis puños cerrados parecían agarrar un acordeón, sentí que un alambre, alambre conque creo me han cosido el esternón, podía salirse de lugar y, lo que es peor, sentí que, a semejanza del cordón de un zapato, podría terminar como con su nudo deshecho.

En el salón de terapia, mientras los post-operados simulábamos (y yo entre ellos) que estábamos tocando un acordeón, una música de *rock*, incontinenti, sucedió a un fragmento, serenísimo de *El mar* de Debussy. Pero este paso, paso demasiado violento, entre las olas de Debussy, y el escándalo del *rock*, no es que precisamente me hiciera trastabillar con mi imaginario acordeón torácico, sino que, sin que supiera bien cómo, me hizo, repentinamente, caer en un *day dream*.

El *day dream*, sin que sepa bien cómo decirlo, estalló como un *Big-Bang*, y de súbito se volvió un amarillo. Pero era un amarillo pálido, o seroso, o desleído. Un amarillo que yo había visto ya, en la madrugada en que, acostado en una camilla, empezaron los preparativos para la operación del corazón.

Pero esto no fue lo importante. Lo amarillo en sí no fue lo importante del todo, sino el hecho de que, por unos

minutos (¡juro que fue así!) ese color que se me presentaba como pálido, o como seroso, se convirtió en un catalizador que, entre otras funciones, me volvió invisible por el espacio de un instante. Es extraño. Repito, fue por un instante. Pero lo tremendo del caso no fue sólo la experiencia de la invisibilidad, sino que, con ella, me sentí tan insignificante que temí que, cuando volviera a ser visible, todo mundo, sin reírse siquiera, iba a encontrar justificable el hecho de que yo moviera un acordeón inexistente, ya que todos, sin que les cupiese ninguna duda, iban a saber que eso, para mí, no era un ejercicio terapéutico, sino, más bien, lo relacionado con el karma.

[Inédito]

EMPINANDO EL CORONEL

Frente a una plaza inexistente (a lo lejos se ven las luces con colores de un Supermercado), me sobreviene el *day dream* con los autos, camiones, y rastras. Vuelvo a ver aquella vieja colchoneta, tirada en una tierra baldía, que tantas veces visité hace algunos años cuando, debido al segundo infarto, tenía que caminar, como ahora tengo que hacerlo debido a mi reciente operación, todos los días.

Ahora, por supuesto, aunque la veo en el *day dream*, ya no hay ninguna colchoneta, y la tierra baldía se ha convertido en el lugar donde se levanta un flamante templo bautista. Pero ahora, con mi pie izquierdo hinchado frente al templo bautista, se trata de un *day dream* muy peligroso donde, en un momento determinado, y habiendo llegado a un determinado punto de la acera, aparece un niño con la cabeza que yo tuve en mi infancia y manejando un papalote, o más bien empinando un *Coronel*, que se desliza, esplendoroso, por el azul tramo de cielo que está colocado sobre el templo bautista. Es un niño que no fui yo, aunque tiene lo que fue mi cabeza, y soy yo manejando un *Coronel*, cuando en realidad yo nunca supe empinar no sólo papalotes, sino ni siquiera una chiringa.

Así que, en estos días post-operatorios, un niño, con lo que fue mi cabeza, emпина un *Coronel* sobre el templo bautista, pero lo tremendo y peligroso de esto es que, en ese

mismo momento, siento que los autos, camiones, o rastras, que pasan por la calle, van a entrar en la acera, dispuestos a acabar de destrozarme mi esternón envuelto en alambres.

Pues parece, pienso yo, que con la operación me he vuelto tan vulnerable que, ya, ningún vehículo va a respetar mi condición de peatón.

[Inédito]

DERRIDA AL AGUA

Fue un *bypass*. Ahora un muro, el muy intenso amarillo de la luz de la tarde, y un verde fuertísimo. Esto, cuadriculado por el cristal de una ventana, mientras me ejercito *recogiendo manzanas*.

Me planto sobre el suelo, con las piernas separadas, entonces extendiendo el brazo derecho para recoger manzanas invisibles. Después extendiendo el brazo izquierdo, para recoger, con la mano correspondiente, otras manzanas inexistentes.

Unas manzanas inexistentes por aquí, unas manzanas inexistentes por allá. Mi tórax, envuelto por los alambres, me parece un juego de papel. Pero ¿qué quiero decir con esto?

¿Qué pasa cuando un muro se enchumba de amarillo y de verde?

¿Cómo se extendió una arteria después que se la injertó en otro lugar?

Y, sobre todo, mientras la música indirecta rueda por este gimnasio del pabellón cardiológico, donde ahora estoy *recogiendo manzanas*, se producen los siguientes fragmentos de un *day dream*:

–he roto mis papeles escritos y los he tirado en un cesto;

–vuelco el cesto sobre una alfombra;

–los papeles rotos, y volcados sobre la alfombra, son como un texto que Derrida hubiese deconstruido;

–este discurso que Derrida ha descentrado consta, entre otras cosas, de los siguientes rotos pedazos: un pedazo cubierto de anillos; otro roto pedazo, pero donde unos pájaros se han logrado mantener; un topacio en otro pedazo, mientras también se encuentra un fragmento sobre mi padre y mi madre; un dibujo de mi tórax, sin el alambre;

–el discurso de papeles rotos, después que el cesto de papeles se vuelca, no sólo cubre una alfombra, sino que también me cubre a mí;

–o sea, que me digo, mientras recojo la última manzana invisible: “Todos estos pedazos deconstruidos por Derrida, pueden estar llenando mi vida post-operatoria.”

¡Hay que ver las idioteces que se le pueden ocurrir a uno!

[Inédito]

EL HOTEL VACÍO

Se me ocurre, a veces que, después de los *bypass*, mi esqueleto, peligrosamente, me está bailando por dentro.

Un bailoteo del esqueleto que, también peligrosamente, me trae extraños *days dreams* durante mis caminatas y durante mis paseos.

Así, apoyando primero el calcañar, y después los dedos del pie izquierdo, en la sala de recuperación del pabellón cardiovascular, fui cayendo en los primeros pasos de un *day dream* que consistía en pensar que yo era culpable de ejecutar los actos que podrían conducirme a la inocencia.

Así como lo digo: *culpable de ejecutar actos que podrían conducir a la inocencia*. Como se puede ver, estaba entrando, cuando movía mi pie izquierdo (mi pie izquierdo se mantiene hinchado desde el día de la operación) en un *day dream* cuya primera enunciación, rarísima, me resultaba, y me sigue resultando, absolutamente ininteligible.

Me apoyaba, como ya dije, en el calcañar y en los dedos del pie izquierdo, por lo que, desde la ininteligible enunciación antedicha, pasé a la siguiente, absurda convicción: *no había colocado, en las casillas, las piezas del juego que debía jugar, sino, muy al contrario, las piezas de otro juego, completamente diferente*. O sea, me había precipitado a sustituir un juego con otro juego. O, lo que es lo mismo, había dejado de jugar el juego que me correspondía jugar.

Entonces, después de oprimir el calcañar primero, y los dedos de los pies después, y esto cuatro veces seguidas, mirándome al espejo comencé a hacer el mismo ejercicio (opresión de calcañar y dedos), pero ya con el pie derecho.

Continué con el pie derecho y, entonces, mi *day dream* se iluminó con la siguiente *construcción*: fue el hotel del pueblo de campo donde nací, pero ya sin rastros de lo que había sido, pues ya sólo consistía en una construcción de alambre, dividida (tenía dos pisos) en simétricos cuadrados que fingían ser cubículos, aunque, por supuesto, cubículos vacíos.

Entonces, inmediatamente, yo debería de llenar estos cubículos vacíos (y recuérdese que sólo contaba con un tiempo limitado, ya que sólo cuatro veces debería mover el calcañar y los dedos del pie derecho). Debería de llenarlos y, los llené... Pero erróneamente, pues, en primer lugar, no contaba con nada para llenar esos espacios cuadrículados por los alambres y, en segundo lugar, sabía que me estaba proponiendo hacerlo con lo correspondiente al juego que no era.

Y todo esto, repito, durante un limitadísimo tiempo para hacer lo que, evidentemente, no podía hacer, ya que sólo contaba con el insignificante lapso de tiempo correspondiente a cuatro movimientos con el pie derecho.

Ya lo dije también: el pie izquierdo es el que tengo hinchado, no el pie derecho.

Todo, en la estructura, estaba vacío. Y los cubículos, vacíos, que simulaban ser los abstractos cuadrados de alambre en que se había convertido el hotel del pueblo de campo en que nací, eran a la vez, en mi *day dream*, como la representación fantasmal de los palcos del cine del pueblo de campo donde nací (este cine quedaba al lado del hotel).

Pero, repito, mientras hice el mini *day dream*, durante el escaso tiempo en que hice los ejercicios con los pies, todo estaba vacío, y todo era inexistente.

Repito: después de mi operación, cada vez más siento que mi esqueleto, desprendido dentro de mi cuerpo, bailotea que es un contento.

Por un momento también, evocando a los post-modernistas, y recordando a Borges, sentí que mi *day dream* podría ser como un mapa que se tragaba esa realidad que, tapándola, pretendía evocar.

Yo, vuelvo a confesarlo, poco fue lo que pude entender de este *day dream* mantenido en el pabellón cardiovascular.

Pero lo curioso, dramático, de todo esto, fue el curioso y abrupto fin que tuvo el *day dream* post-operatorio (¡juro que terminó así!): pues, irrumpió un grupo de jóvenes neo-nazis vestidos con gabardinas negras, que con sus ametralladoras provocaron una sangrienta masacre. Pero ¿una masacre con quién?, ¿no es que los cuadrados de alambre estaban absolutamente vacíos?

Y, como ya lo he dicho, en el salón de rehabilitación del pabellón cardiovascular ponen toda clase de música, mientras uno hace los ejercicios.

Así que yo pensé (eso lo recuerdo bien), y lo pensé en el momento en que, al terminar mi ejercicio, terminó también mi *day dream*, que debido a una suplantación dentro de los abstractos cubículos que estaban dentro del hotel del pueblo de campo donde nací, quizá lo que se iba a llevar a cabo era una masacre, con chacras saltando por todos los lados, por ese esqueleto que puede que esté bailoteando dentro de mí, desde el mismo día en que me acabé de operar.

Pero, el *day dream* se acabó, y ya no supe más.

[Inédito]

COCODRILO

¿Cuál fue el Drácula en español que vi en mi niñez, en el Cine Mendía de Jagüey Grande? ¿Eran Carlos Villarías y Lupita Tovar, los actores? Había un carro fúnebre, corriendo por una noche oscura. Ese carro es el que nunca se me ha olvidado. Hoy, al despertar, volví a sentir el ruido de ese carro. ¡Un Drácula en español, al comienzo de mi vida!

Después, me volví a dormir y aparecieron cabillas que eran utilizadas como lanzas. ¿Quiénes utilizaban esas cabillas? El sueño duró muy poco, y durante el día he estado metido en lo semejante a un hueco oscuro.

Y esto no es un sueño. Estos son tres Ministros extraídos de un tebeo. Ministros que observan la llegada de otro Ministro tebeo. Esto se podría convertir en un minicuento donde dijera que las dos partes de una tela cortada, se convertía en dos asientos, de cartón, y con el mismo tamaño. ¿Nada más que esto? ¿Por qué se me ha ocurrido esto? Repito: durante el día he estado metido dentro de un hueco oscuro. Ha sido un día muy angustiioso.

Después, he querido divertirme, imaginando al metafísico cocodrilo Lutembi, anotando los gestos de un hombre disparando, mientras una minúscula luna salía corriendo. Pero esto no me ha servido para nada.

[Inédito]

Lorenzo García Vega es uno de los raros de la literatura hispana. Desde que en 1948 publicara el poemario *Suite para la espera* García Vega comenzó a construir una escritura enrarecida, extraña, burlona de torpes encasillamientos genéricos y artísticos. Su obra es de aquellas “menores” que constantemente asedian, e incluso transforman, los centros canónicos de producción artística; esto es, que le insuflan otras energías a la vida de las formas literarias. La presente antología, *Ficción en cajitas* —título cercano al imaginario estético del artista norteamericano Joseph Cornell, uno de los creadores fetiches de García Vega—, recoge una selección de su “narrativa”.

PABLO DE CUBA SORIA

Lorenzo García Vega (1926 – 2012). Escritor cubano, residió en Estados Unidos desde finales de la década de 1960. Uno de los miembros del Grupo Orígenes, encabezado por José Lezama Lima. Su obra incluye libros de poesía, cuentos, ensayos, dos novelas, un libro de memorias y varios de diarios. *Los años de Orígenes* (1979) es uno de los libros más polémicos de la literatura cubana. Murió en “Playa Albina”, nombre que dio en sus obras a Miami.

ISBN 978-1-36-756249-3



9 781367 562493